Ángel Matas
32º

UNIÓN, ESPIRITUALIDAD Y MASONERÍA



Se propone una espiritualidad que no sea patrimonio de algunos elegidos, sino válida para todos. Una nueva dimensión de lo humano que nos ponga en el camino de terminar con el caos del miedo, de la violencia y de la explotación del hombre por el hombre. Una espiritualidad que deberá hacer suyas algunas banderas del humanismo tal como hoy se lo entiende, considerando que el ser humano, más allá de su raza, su religión, su cultura y su condición económica, educativa y social, su desarrollo, su progreso, su bienestar y sobre todo su vida, debe ser sin excepciones el centro de toda tarea y el objetivo de todo estudio o inversión.

Desde el mismo día en que ingresamos en la Orden encontramos una serie de conceptos que nos acompañaran a lo largo de nuestra vida, y de tan gran calado, que cada uno de ellos requiere largos trabajos de estudio y meditación.

Nos los presentan agrupados como trilogías, y son muchos los existentes, así vemos que las enseñanzas de la Masonería descansan sobre las tras grandes Columnas: Sabiduría, Fuerza y Belleza.

Nuestra base moral está constituida por otros tres grandes conceptos: Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Por otra parte, la Masonería Simbólica está formada por tres Cámaras y tres Grados: Aprendiz, Compañero y Maestro.

Y también cuando nos iniciamos se nos señalan tres medios para alcanzar la verdad, que son: Buscad y hallareis, llamad y se os abrirá y pedir y se os dará, que equivalen a Fe, Esperanza y Caridad.

Vamos a dedicar unas breves líneas a uno de los conceptos menos trabajados como es el de la Unión, quizás porque es un término que esta habitualmente eclipsado por uno de nuestros grandes pilares, como es el de la Fraternidad.

El diccionario dice que la palabra unión es procedente del latín, específicamente surge del término “unus” que significa “uno”. De manera que una unión expresa el resultado de unir algo a otra cosa, así como también cuando una persona o grupos de personas se unen a otras.

Cuando existen afinidades de voluntades y se realiza un esfuerzo mutuo, entonces estaremos hablando de unión, y ya desde antiguo existe el dicho popular de “la unión hace la fuerza”, que se refiere al poder que alcanzan las personas que se unen para un bien común, trabajando en conjunto para lograr un mismo objetivo.

En términos generales implica la acción o el resultado de unir algo, o la acción que emprende un individuo al unirse a otro o a otros.

Como Valor humano, generalmente conocemos a la Unión como una asociación de personas que tienen intereses, problemas o fines comunes, entre las que se forjan las virtudes y valores, y con quienes comenzamos a formarnos como personas conscientes, es decir, lo que se conoce como personas de bien.

Y es en la familia donde aprendemos la importancia que supone el tener personas que están siempre, e incondicionalmente, a nuestro lado, y que nos quieren y aceptan tal y como somos, con nuestras virtudes y nuestros defectos.

Posteriormente buscamos esta unión en el entorno que nos rodea, es decir, nuestros amigos y nuestra comunidad más o menos próxima, tratamos de compartir los mismos valores, las mismas emociones y sentimientos, las mismas inquietudes, también compartimos alegrías y fracasos, y respetamos a los demás tolerando nuestras diferencias de todo tipo. En una palabra, se trata de conexión con los demás, mediante confianza, respeto y amor, porque sabemos que el bienestar de cada individuo y de cada núcleo familiar, esta influenciado muy directamente con el bienestar del conjunto.



Esta Unión entre todos los seres humanos es uno de los principales objetivos de la Masonería, y la encontramos simbolizada en la Cadena de Unión, que indica la alianza indestructible que debe existir entre todos nosotros, y que trabajamos para hacerla extensible a toda la Humanidad.

Decía San Agustín, que "en lo necesario, Unidad; en lo discutible, Libertad; y en todo, Caridad".

Como Masones debemos trabajar unidos por nuestro propio perfeccionamiento intelectual y moral, y por hacer cada día más grande nuestra querida Orden, y nunca debemos desanimarnos por las debilidades internas que observamos, ya que no podemos olvidar que la Masonería está integrada por hombres, con sus debilidades y errores.

Así pues tenemos que luchar contra esos enemigos internos como son la intolerancia, la desmotivación, la absurda ambición por alcanzar un alto grado en lugar de pensar en trabajar por y para los demás, la indisciplina, la falta de compromiso, etc.

El otro aspecto a tratar en este breve trabajo es, nada más y nada menos, que la espiritualidad, concepto del que hay quien opina que es una palabra desafortunada, porque significa algo inútil y alejado de la vida real.

El concepto de "Espíritu" se origina en el sustantivo griego "Pneuma" que significa soplo, aliento, respiración, aspiración y exhalación, y que se traduce al latín como "spiritus", llegando así hasta nosotros la palabra "Espíritu".

Una de las dificultades en la definición de la Espiritualidad es su relación con la religión. Esta es una razón de peso para que espíritu (Espiritualidad) y religión (religiosidad) sean pronunciados y entendidos con frecuencia como una misma cosa, aunque se pueden establecer diferencias significativas entre ellos.

Etimológicamente, lo más probable es que la palabra Religión tenga su origen en el Latín "religió", que viene del verbo religare, que significa unir, ligar, conjuntar.

Comte-Sponville llama religión "a todo conjunto organizado de creencias y de ritos referidos a cosas sagradas, sobrenaturales o trascendentes, y especialmente a uno o varios dioses, creencias y ritos que reúnen en una misma comunidad moral y espiritual a quienes se reconocen en ellos o los practican".

Por su parte, la Espiritualidad se puede considerar como una experiencia profunda, a la vez personal y universal, pero más subjetiva, que transciende las dimensiones más superficiales y que constituye el corazón de una vida humana con sentido, con pasión, con veneración de la realidad y que de alguna manera evidencia la relación entre la persona y un ser superior. Es una cualidad que va más allá de una afiliación religiosa específica y que "no es una creación de la cultura. Aunque todas las religiones ofrecen caminos de Espiritualidad, por sí mismas ellas no son la Espiritualidad, ni toda Espiritualidad es religiosa.

Conviene recordar que espiritualidad deriva de espíritu, que es lo opuesto al cuerpo y a la materia, y no debemos olvidar las heridas causadas a través del tiempo por los viejos dualismos, cuerpo/espíritu, carne/espíritu y materia/espíritu, que están todavía sin cicatrizar.

En la mente tradicional, espiritual es lo que se aleja del cuerpo, de la carne y de la materia. Por consiguiente, se es más espiritual cuando más se prescinde del cuerpo, cuando menos se vive "en la carne", y cuanto más nos alejamos de la materia o de lo material. Pero también tiene sentido llamar espiritualidad a esa dimensión profunda del ser humano, que un mundo dominado por la corporalidad y la materialidad, trasciende a otras dimensiones menos superficiales, y constituye el corazón de una vida con sentido, con pasión, con veneración de la realidad y con Espíritu.

Es algo profundamente humano y que nos diferencia de todos los demás seres vivos, y que existe desde los primeros tiempos de la Humanidad, en los que encontramos las primeras manifestaciones de la espiritualidad.

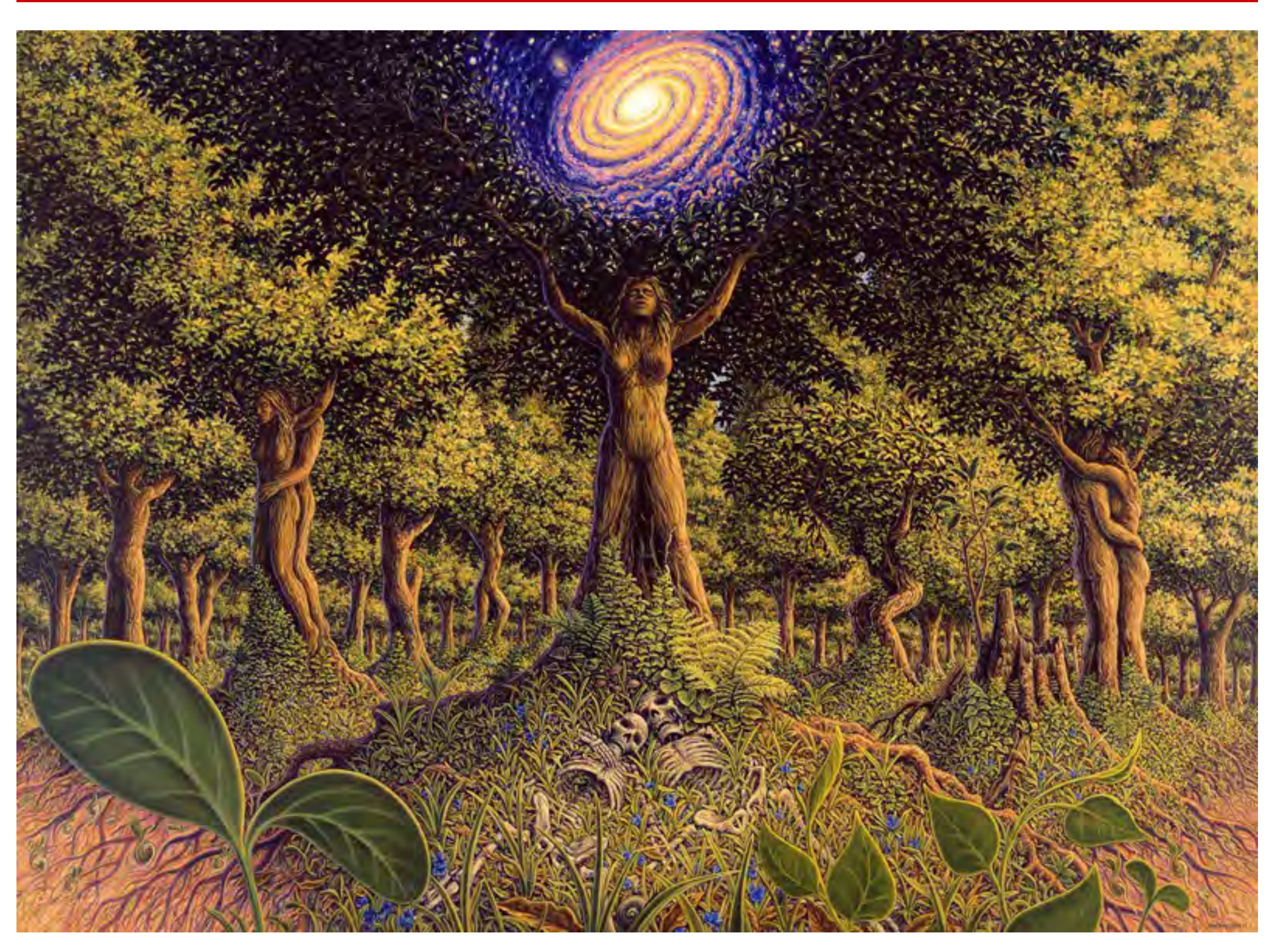
Y así tenemos que la aparición del fuego permite un aumento de la actividad cotidiana, y la fogata en el interior de las cuevas constituye un núcleo central en torno al cual se producen las reuniones, y el intercambio de ideas, lo que favorece la mejora del lenguaje y por consiguiente de la comunicación.

Pero en las representaciones que nos han llegado de aquellos tiempos lejanos, todo hacía referencia a la vida y no a dioses. Es una visión del mundo que se mantuvo durante miles de años, y que evolucionó una vez que se produjo el cambio a una vida más sedentaria, cuando el hombre aprendió a explotar los recursos que les proporcionaba la agricultura y la ganadería.

Es lógico pensar que, en este periodo, se le atribuyera un valor especial a la maternidad de la Tierra ya que les proporcionaba todo lo necesario, alimentos, sílex, agua, arboles, etc., y que por eso, se asociara la Tierra a lo femenino, por la comparación con la mujer y su capacidad de generar la vida.

Fue por lo tanto, el en interior de las cuevas y de las cabañas, donde se desarrolló la primitiva espiri-





tualidad, pues no existían edificios dedicados al culto, y estas poblaciones, que todavía no asociaban el acto sexual a la reproducción, comenzaron a sentir y a concebir su propia suerte como guiada por fuerzas extrañas a ellos: la volubilidad del clima, la abundancia o la pobreza de la tierra, la mayor o menor fecundidad de los animales, etc., hace que nazca un nuevo concepto hasta entonces desconocido, en el que el mundo se divide en real e irreal, en el que existen una serie de fenómenos muy complicados de comprender para ellos, donde intuyen la existencia de cuerpo mortal y un alma inmortal, y padecen la influencia de fuerzas invisibles y muy poderosas.

El campesino o el pastor comienza a sentir y a concebir la propia suerte como guiada por fuerzas inteligentes, que siguen un plan. La conciencia de depender de la volubilidad del tiempo, de la lluvia y del sol, del rayo y del granizo, de la peste, de la sequía, de la abundancia y de la pobreza de la tierra, de la mayor o menor fecundidad del ganado, suscita la idea de espíritus y demonios de todo tipo, benévolos y malignos, que otorgan bendiciones y maldiciones; intuyen la existencia de lo desconocido y de lo oculto, de la potencia superior, del prodigio y de lo sobrenatural.

Estamos en la fase del animismo, que atribuía un alma a todas las cosas, materiales e inmateriales, como por ejemplo a los árboles y al viento. Es la fase de la religión de los espíritus, de la creencia en el alma y del culto a los muertos.

Posteriormente se pensó en el alma como separada de las cosas, y se asignó a grupos, así pues el alma de la pantera no era de una de ellas, sino de todas las panteras en general, y en cuanto a la creencia de la vida después de la muerte, no era atribuida al individuo sino a toda la tribu.

Con el tiempo, estas potencias dotadas de nombre, que mantienen la característica de conjuntos, comienzan a aparecer como deidades, (bosques, tierra, vegetación, cosechas y animales), que son femeninas y no masculinas, pero con una particularidad: esas diosas no eran, por ejemplo, las diosas de las cosechas, sino la cosecha misma.

El elemento humano aún no estaba presente en el concepto de divinidad. Cuando se empiece mucho después a asociar el acto sexual a la reproduc-

ción, que fomentará la idea de la deidad femenina.

De hecho, también en distintas épocas históricas nos encontramos legados de esta espiritualidad primitiva. Así por ejemplo en los Incas (1200 - 1600 d.C.) con la Pachamama, que significa Madre Tierra en lengua quechua, y el planeta Venus para los sumerios era la diosa Innina.

Cuando los seres humanos empezaron a observar los astros, razonaron que los astros no eran objetos inanimados, sino que se movían y tenían vida propia, y ya los sumerios 3000 años antes de Cristo,



sintieron que ese alma que les suponían, influía para bien o para mal en el desarrollo de sus vidas.

En la antigua Grecia, aparece la representación del cuerno de la abundancia con frutos, que representa la capacidad inagotable de la Tierra de proporcionar alimentos y regalos de todo tipo.

Posteriormente, Platón escribiría acerca del cosmos y del alma del mundo. Para el, el cosmos no es simple materia ordenada, sino un ser vivo que posee un alma, y de su alma participan las infinitas vidas individuales.

La espiritualidad del Antiguo Testamento está asentada en la relación que mantuvieron con Dios tres grandes personajes: Abraham, su hijo Isaac y su nieto Jacob. Son los llamados patriarcas o padres del pueblo de Israel, ya que fueron sus precursores. En esta trilogía hay un momento fundacional que da sentido a todo lo que sucedió después, y es que Dios le promete a Abraham que hará de su descendencia una gran nación, pero para ello tiene que hacer un sacrificio importante: Debe dejar su tierra natal y aventurarse en un camino lleno de incertidumbres y peligros.

Pero Abraham creyó y obedeció en todo a Dios, y así se convirtió en el padre de una gran nación como es el pueblo de Israel, pero no por su poderío político, económico o militar, sino por su espiritualidad, mucho más profunda y verdadera que la de los pueblos vecinos.

La obediencia de Abraham, llevada hasta el extremo de sacrificar a su propio hijo Isaac, se basa en su fe inquebrantable en la promesa que Dios le ha hecho. El elemento clave de esta espiritualidad es la fe. Gracias a ella, los patriarcas sentían a un Dios muy cercano y familiar.

La tradición hebrea sitúa a Dios en la historia, pues por medio de ella guía a su pueblo. Ellos sabían que dependían de Dios para poder atravesar grandes distancias y llegar bien a su destino. Sentían que, así como Dios les guiaba por el desierto, también les guiaba a lo largo de su historia, y eso lo plasmaron en sus tradiciones, que fueron transmitiendo de padres a hijos. Y de este modo, se fueron configurando como el «pueblo elegido» de Dios.

Esta espiritualidad contrastaba mucho con los pueblos vecinos, de cultura agrícola, para los que Dios era fundamentalmente el «Dios de la naturaleza», de la que dependían mucho para sobrevivir.

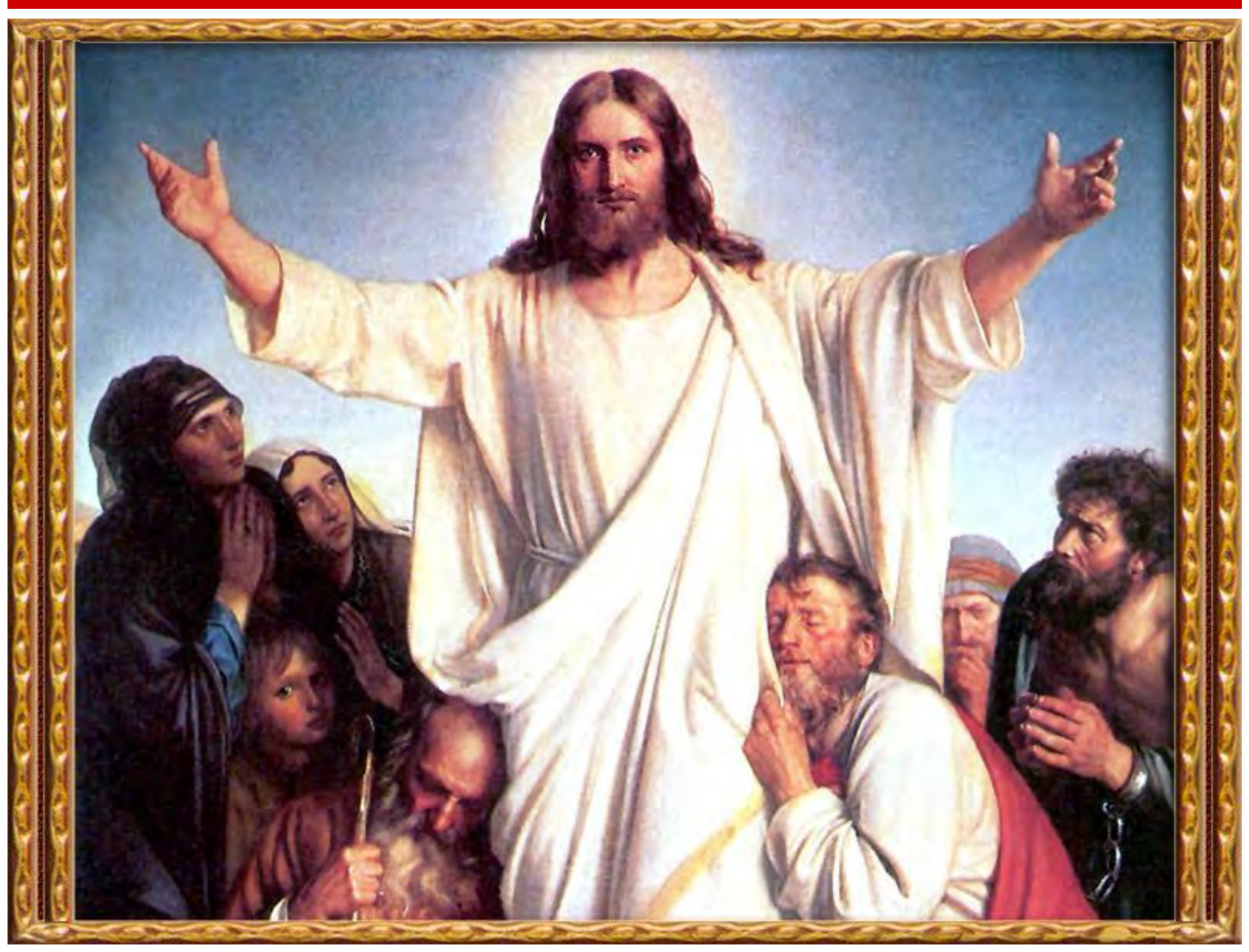
Mientras que una persona de mentalidad agrícola miraba al cielo para conocer la voluntad de Dios, los nómadas israelitas contemplaban los acontecimientos de la historia. El pueblo de Israel encontró este sentido en la Ley Mosaica, ya que intuía que, cuando era fiel a ella, las cosas le iban bien, lo que era la prueba de que Dios le premiaba; y que, cuando no era fiel, le venían desgracias, lo que significaba que Dios le había castigado.

Posteriormente los fariseos se ganaron el favor del pueblo porque pertenecían a las clases medias y bajas de la sociedad, y así, se hicieron con el control de muchas sinagogas desde las que difundieron su espiritualidad, centrada en el estudio, meditación, interiorización y cumplimiento de la Torá. Dicha espiritualidad era mucho más profunda que la difundida en el Templo por los sacerdotes, que estaba demasiado centrada en el ritualismo del culto.

Un punto significativo de la espiritualidad de los fariseos es su fe en la resurrección de los muertos. El antiguo pueblo de Israel creía que éstos iban a un oscuro lugar llamado Sheol, es decir, no creían en la resurrección de los muertos. De hecho, no se habla de ello en muchos libros del Antiguo Testamento.

La fe en la resurrección daba pleno sentido al principio de premiar a los justos y castigar a los malos, pues si nos referimos a la vida terrena, podían observar a personas justas pasando penalidades, y a muchos malvados que vivían en la abundancia y el lujo, luego si creemos que, tras la muerte, Dios





pone a cada uno en su sitio premiando a los buenos y castigando a los malos, entonces todo cobraba sentido.

Y así llegamos al Nuevo Testamento y entramos en la vida espiritual cristiana, que nos descubre no solo que Dios ha creado el mundo y al ser humano, sino que establece un puente de comunicación con el para hacerle más comprensible la salvación. Además establece una gran reforma pasando del Dios del "ojo por ojo", al de poner la otra mejilla.,

Además, Dios no sólo se ha revelado a través de la Creación y de la Historia, sino que ha decido revelarse a la Humanidad directamente, personalmente: el cristiano cree Dios ha pronunciado a través de Jesús su palabra en carne, en sangre, en historia, en muerte y resurrección. En Jesús de Nazaret, nacido de mujer, habita personal e históricamente la plenitud de la divinidad. En él, Dios se ha revelado como amor, y nos ha revelado el sentido y el fin de la existencia: La Salvación.

La espiritualidad cristiana no tiene, ni puede tener, más origen y más fundamento que la persona del Salvador y su existencia concreta. Pero la forma más radical de recuperar lo concreto de Él, y hacer de ello origen y fundamento de toda vida cristiana aparece en los evangelios como invitación seguimiento de Jesús, y tiene la virtud de asumir la totalidad de la vida cristiana, adoptando el carácter de norma, de exigencia y de transmisión de ánimo para su realización.

Ante la trágica realidad que se sufrió los siglos siguientes, con familias enteras que morían víctimas de la peste, la guerra o el hambre, el pueblo fiel vivía con miedo y desesperanza. La gente presentía que todo lo que ocurría era fruto de un castigo divino. Reinaban los sentimientos de culpabilidad, miedo a la muerte y desprecio por un mundo que generaba tanto sufrimiento.

Así que muchas personas buscaban desesperadamente reconciliarse con Dios. Esto hizo que, por ejemplo, se multiplicasen los movimientos de flagelantes que pedían a Dios que dejase de castigar a su pueblo. Se trataba de grandes grupos de hombres y mujeres que iban de pueblo en pueblo azo-

tándose, formando grandes hileras de penitentes ensangrentados. Su paso por las poblaciones era un acontecimiento espectacular. La gente se agolpaba en las calles para verlos pasar y unirse a su dolor y su plegaria.

Proliferaron también diferentes formas de espiritualidad en torno a la muerte y el purgatorio. Y aumentó el número de capillas. Asimismo, para evitar el castigo del infierno o del purgatorio, la gente buscaba la salvación por medio de indulgencias, por las que la Iglesia hacía disminuir la pena contraída por el pecado, y los jubileos, que son una forma particular de indulgencia general o plenaria, recibida en un primer momento por los cruzados, pero que después se extendió a los peregrinos.

Otra consecuencia de la realidad social y espiritual que se vivía, fue que la imagen de Jesús se hizo más crudamente humana y sufriente, pues eso ayudaba mucho a la gente a sentirse comprendida y acompañada por Él. Por eso en el siglo XIV se multiplicaron las imágenes de un Jesús flagelado o muerto en la Cruz. También proliferaron las imágenes de la Piedad, es decir, de María sosteniendo en sus brazos el cuerpo muerto de su Hijo.

Siguiendo esta dinámica espiritual aparecieron los Viacrucis, en los que el pueblo acompaña paso a paso a Jesús hasta el Calvario. También se escenificaba públicamente la Pasión del Señor y otros acontecimientos religiosos. Y también los belenes de Navidad subrayaban sobre todo lo mucho que sufrió el Niño Jesús al nacer.

Pero, desgraciadamente, ante tanta tragedia, había muchos que buscaban encontrar sentido a la desgracia por medio de la creencia en los «malos espíritus», por lo que la brujería tomó un cierto auge. Otros encontraron una falsa escapatoria uniéndose a grupos heréticos que afirmaban que la Iglesia era la culpable de lo que ocurría.

El satanismo también se extendió, pero sobre todo tomó auge el temor al demonio, por lo que



proliferaron las devociones que se oponían directamente a él: se trataba del culto a los ángeles, sobre todo al ángel de la guarda, que Dios pone a nuestro lado para que nos proteja.

Es precisamente entonces cuando tomó fuerza el culto al Cuerpo de Cristo: el pan consagrado en la Eucaristía, también llamado «Santísimo Cuerpo de Cristo» o «Santísimo Sacramento». Hasta el siglo III el Cuerpo de Cristo que no era consumido en la Eucaristía sino que se guardaba en los hogares, generalmente en el del obispo, que era el responsable de que fuera debidamente repartido entre los enfermos y presos de la diócesis. A partir del siglo IV, habiendo cesado las persecuciones, pasó a guardarse en sagrarios o cofres sagrados, situados en lugares especialmente destacados, casi siempre en la sacristía, junto a otros objetos valiosos, como

documentos y ornamentos sagrados.

Sabemos que en el siglo XII, o quizás antes, ya había iglesias en las que se guardaba el Cuerpo de Cristo en un altar, con el fin de que las reclusas que



vivían junto a la iglesia pudiesen rendirle culto. Pues bien, en el siglo XIV este modo de guardar el Santísimo comenzó a generalizarse, de tal forma que se confeccionaron sagrarios especialmente decorados para ser expuestos al culto del pueblo. Tuvo tanto auge esta devoción, que en el siglo XV comenzaron a situarse los sagrarios en el lugar más céntrico y visible de la iglesia: en el retablo del altar mayor.

Por otra parte, las mujeres vírgenes y los varones ascetas que vivían en el seno de las diócesis fueron el inicio de lo que después sería el monacato, aunque aún no constituían tal forma de vida porque no cumplían la condición más importante: dejarlo todo para entregarse plenamente a Dios. En efecto, recordemos que no hacían voto de pobreza, es decir, no se desprendían de sus posesiones y, además, seguían muy apegados a su ambiente familiar y diocesano, y tampoco hacían voto de obediencia.

Fueron varones ascetas los primeros que, en el siglo III, se aventuraron a dejarlo todo adentrándose en solitario en los desiertos para encontrar un ambiente más propicio en el que entregarse plenamente a Dios.

Decimos que fueron varones, y no mujeres, por motivos puramente culturales: en aquella época estaba muy mal visto que una mujer saliese de la ciudad para vivir sola en medio del campo. Eso sólo lo hacían las prostitutas, las delincuentes, las brujas o las «endemoniadas». Pero una vez que la vida solitaria masculina tomó fuerza y prestigio, las mujeres pudieron emprender también esta forma de vida, aunque no parece que fueron muchas las que lo hicieron, ni se alejaron de las poblaciones, por el peligro que suponía para ellas, pues quedaban a merced de los maleantes que habitaban las zonas despobladas, por lo que ellas se organizaron mas tarde en conventos de clausura.

Es muy importante comprender un elemento muy importante en la espiritualidad de los monjes del desierto: la fuga del mundo. Esto ya lo vivían los cristianos en tiempos de las persecuciones, pero los monjes lo tomaron de un modo radical, es decir, buscando físicamente un lugar apropiado donde entregarse a Dios en cuerpo y alma.

También sabemos que un buen monje no huye del mundo real, sino del mundo del pecado, y lo hace precisamente para ayudar a mejorar el mun-



do real. En efecto, huyendo del pernicioso ambiente social de las ciudades, aquellos monjes se adentraban en la soledad de la naturaleza para poder luchar cara a cara contra los «demonios», es decir, contra las tentaciones, y así llegar a unirse íntimamente con Dios. De ese modo daban un valiosísimo testimonio a los cristianos que vivían en las ciudades, mostrándoles que el Evangelio predicado por Jesús es real, no una mera utopía.

Paradójicamente, la distancia física no era obstáculo para que aquellos monjes fueran un puntal espiritual importantísimo para las comunidades cristianas, sino, más bien, todo lo contrario, pues su influencia se hacía sentir en toda la Iglesia.

Su fama de santidad era tan grande que muchas personas acudían a ellos para pedirles consejo o ayuda espiritual. Por ello, estos ascetas decidieron adentrarse en el desierto en busca de paz y sosiego, y como esto no impedía que siguiesen buscándolos con ahínco, hacía que los ascetas se adentrasen aún más en el desierto.

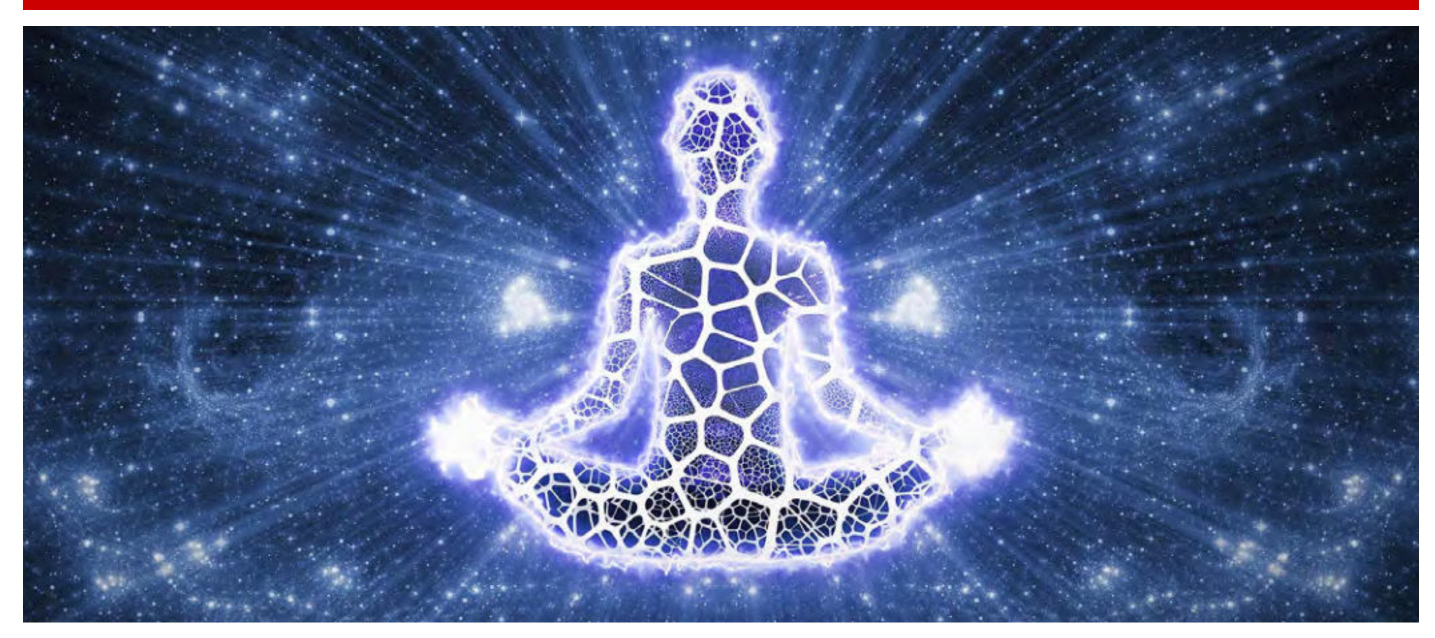
Poco a poco se fueron uniendo a ellos otros cristianos que buscaban vivir su modo de vida, creándose las primeras colonias de eremitas, hasta que en el siglo IV, algunos anacoretas decidieron vivir en comunidad bajo unas reglas, naciendo así la vida comunitaria.

Es curioso que las Escrituras no animan explícitamente a ser monje en el desierto. Sin embargo, hay pasajes que hablan de la especial espiritualidad de esta forma de vida. Nos referimos sobre todo a los relatos del Pentateuco que narran el éxodo que emprendió el pueblo de Israel por el desierto para, en él, unirse a Dios en Alianza y así llegar a la Tierra Prometida.

También hemos visto que hay profetas que definen el desierto como un lugar privilegiado donde Dios nos espera para unirse a nosotros como un «amante Esposo». Recordemos este precioso texto de Oseas, en el que Dios desea estar con su «amada»: «Yo la seduciré, la llevaré al desierto y le hablaré a su corazón...». Asimismo, san Juan Bautista habitó en el desierto, y el propio Jesús estuvo cuarenta días orando y ayunando en él, y allí venció las tentaciones del demonio. Todo esto nos lleva a pensar que, según las Escrituras, el desierto es un ámbito especial en el que, tras vencer las tentaciones que nos alejan de Dios, nos unimos a Él, experimentando así lo que es el Reino de Dios.

Hubo algunos que vivieron en total soledad, pero lo más normal es que se juntaran formando colonias en las que cada uno vivía solo en su celda o ermita, pero cerca de un padre espiritual. Aquellos monjes se reunían los sábados y domingos para comer, orar, dialogar sobre temas espirituales, y para celebrar la Eucaristía. El resto de la semana la pasaban a solas en su celda, que era generalmente una pequeña cabaña o cueva. En ella dedicaban el día a orar, trabajar manualmente y hacer duras penitencias: ayunando, durmiendo poco, etc. Salvo algunos casos esporádicos, estos monjes apenas





tenían estudios. Los salmos se los aprendían de memoria para poder recitarlos todos los días, y e mantenían económicamente gracias al trabajo manual, que consistía, generalmente, en hacer cestos de mimbre, cuerdas o tejidos de lino, que canjeaban por alimentos.

Para no hacer más extenso este trabajo, y a pesar de que hay periodos muy interesantes a lo largo de la Historia que vendrían al caso, nos vamos a referir ya a los momentos actuales.

Las nuevas tecnologías, nos ponen y pondrán a nuestros hijos ante hechos que ni siquiera se hubieran podido imaginar hace treinta o cuarenta años. Existen situaciones, enfrentamientos y hasta delitos como por ejemplo la pornografía infantil, la oferta de servicios de sicarios para ejecutar asesinatos por encargo, o la invasión de la privacidad a través de internet, etc., con los que todavía no se puede lidiar adecuadamente porque las leyes no contemplan la posibilidad de que algo así sea factible, y porque muchas veces los mecanismos y los recursos de las fuerzas de seguridad no están aún capacitados para combatirlos.

No es un tema menor recordar que esta generación es la que vio por primera vez, la imagen de la Tierra desde el espacio. Era un planeta pequeño, casi insignificante considerando el entorno universal, y en el que habitan todas las formas de vida que conocemos. Un mundo que desde fuera parece uno solo, aunque desde adentro el hombre se empeñe en dividirlo en partes cada vez más pequeñas.

Me gusta mucho esa idea romántica que tantas veces hemos escuchado de que: "desde el espacio no se ven en la Tierra las fronteras entre los países, ya que desde lejos todos somos uno".

Quizá eso explique y justifique que en una parte de la sociedad, y ante la apatía, el egoísmo y el individualismo de la mayoría, se esté despertando un cierto interés por lo espiritual.

En los últimos años, se propone aquí y allá una espiritualidad que no sea patrimonio de algunos elegidos, sino válida para todos. Una nueva dimensión de lo humano que nos ponga en el camino de terminar con el caos del miedo, de la violencia y de la explotación del hombre por el hombre.

Una espiritualidad que me permito llamar «humanista», porque deberá hacer suyas algunas banderas del humanismo tal como hoy se lo entiende, considerando que el ser humano, más allá de su raza, su religión, su cultura y su condición económica, educativa y social, su desarrollo, su progreso, su bienestar y sobre todo su vida, debe ser sin excepciones el centro de toda tarea y el objetivo de todo estudio o inversión.

Una espiritualidad que se sostiene en la idea de que nuestras diferencias nos nutren y nos complementan, que trabaja por la libertad más absoluta de todos, que no admite la clasificación de los individuos en «Mejores» y «Peores», en «Los de arriba» y «Los de abajo», en «Los que mandan» y «Los que obedecen», especialmente porque pretende abrir los ojos de la humanidad a un mundo que dé valor a lo importante y no a lo superfluo.

Como todos sabemos, son muchos los que hablan de espiritualidad. Algunos intentan apropiarse de ella, otros se presentan como gurús que dicen

Como todos sabemos, son muchos los que hablan de espiritualidad. Algunos intentan apropiarse de ella, otros se presentan como gurús que dicen conocer el único camino posible. Estoy convencido de que si nuestro objetivo es la búsqueda de la espiritualidad, lo más sencillo y primario es ponerse a caminar, dispuestos a aprender mientras avanzamos.

Por contra, la sociedad promueve, aunque diga lo contrario, el florecimiento de personas que consuman y no se cuestionen, que tengan necesidad de esas cosas que el dinero puede conseguir y solo de ellas, que reciban mensajes y mandatos pero en ningún caso opinen sobre ellos



Esta alteración de las prioridades no sólo relega sino que a veces hasta destruye el afán de ser mejores personas. Así, la espiritualidad, el último y el más importante elemento de nuestra búsqueda de superación, queda postergada a todo lo que no se pueda tasar en dinero, poder o aplauso, olvidando el hombre su necesidad de encontrarse con sus aspectos más puros y esenciales.

En un pueblo lejano, hace muchísimos años, vivía un hombre muy pero muy anciano. El paso de los años le había ido quitando la vista, pero le había ido acercando otras, como por ejemplo una gran sabiduría.

Había vivido en ese pueblo desde siempre y a nadie extrañaba la seguridad con la que se movía de aquí para allá sin necesidad de lazarillo ni de acompañante.

Por eso, aquella oscura noche sin luna a todos sorprendió verlo paseando por las calles del pueblo llevando con él una lámpara encendida.

Un vecino extrañado le dijo: Tú conoces esta calle mejor que nadie y, además, estás ciego. ¿Qué haces caminando a estas horas llevando esa luz?

No llevo la lámpara para ver por dónde voy —dijo el anciano—, conozco esta calle milímetro a milímetro, la he recorrido casi cada día durante muchos años. Pero me han contado que la noche está oscura, y los que no conocen tanto el pueblo posiblemente necesiten ver para no tropezar. Llevo la luz conmigo para hacer un poco más fácil y más seguro el camino de ellos, no para alumbrar el mío.

Para aprender o para enseñar, llegamos a una idea: la espiritualidad es un camino que se recorre solo pero no en soledad.

Seguramente podemos encontrar algunas verdades asomando detrás de muchas palabras dichas por expertos, e iluminados, pero no olvidemos que si queremos recorrer este camino de la mejor manera, deberemos también ser capaces de encontrar mucho de lo verdadero que hay detrás de algunos silencios.

Lao-Tze lo advertía hace siglos cuando anunciaba: «Los que mucho saben, no hablan, y los que mucho hablan, no saben».

El camino de la espiritualidad es un recorrido cuyo éxito no se corona con aplausos ni con el reconocimiento ajeno, sino con la serenidad interna del que ha buscado fuera, pero ha encontrado dentro.

Uno de los asuntos que tengo realmente pendientes en mi vida, y me temo que por mi edad ya va a ser imposible de realizar, es hacer el Camino de Santiago, y he mantenido largas charlas con amigos que lo han realizado, algunos de ellos varias veces.

Todos ellos me han contado, más o menos, la misma historia; cómo prepararon durante semanas su mochila seleccionando cuidadosamente cada cosa que creían que podrían necesitar, pero con el paso de los kilómetros toman conciencia de todo lo que les sobra y no tardan en meter en un paquete lo que no necesitan y enviarlo por correo de vuelta a casa.

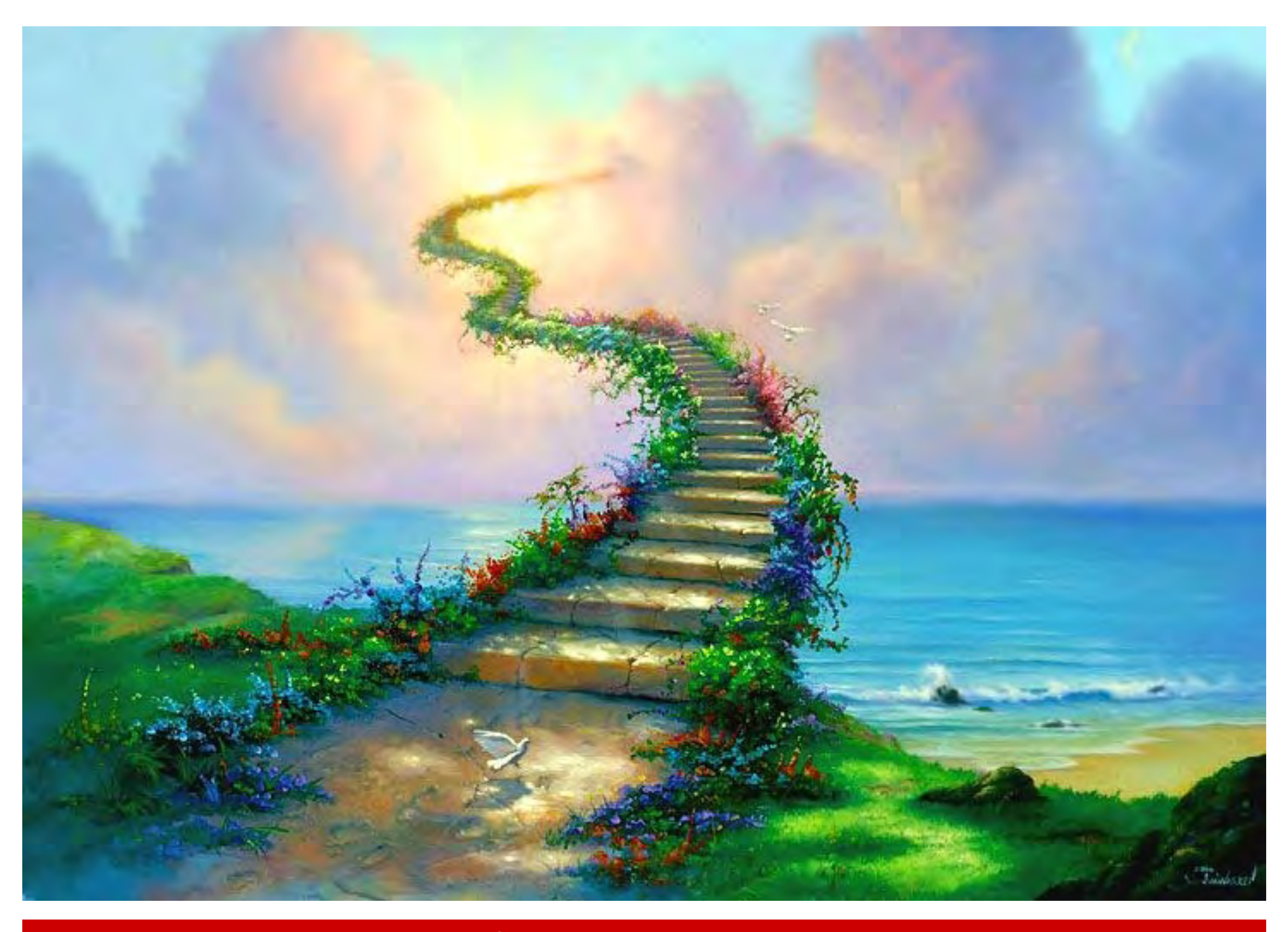
El primer trabajo esclarecedor del Camino de Santiago es, para muchos, la purga de todo el material que transportaba por si acaso, porque podría ser útil llevarlo, o porque le gustaba tenerlo consigo, y la consecuente decisión de analizar qué es lo verdaderamente necesario y qué no lo es.

Algo similar ocurre después de un pequeño recorrido en el plano espiritual. Seremos conscientes del peso que transportamos en nuestra mochila y sentiremos la necesidad de desprendernos de parte de la carga. Y cuanto más peso podamos dejar atrás, más fácil será avanzar, más ligeros nos sentiremos en la marcha y más espacio quedará libre para poder recoger lo que encontremos.

Los verdaderos maestros nunca obligan a recorrer un determinado camino, seguramente porque saben, si son honestos, que pueden estar equivocados y si te señalan un rumbo, es para invitarte a que tú descubras y hagas de él tu propio camino o no.

«Tus hijos—decía Khalil Gibran— son hijos e hijas de la vida. Tú eres el arco y ellos la flecha. Puedes dirigirlos en una dirección, pero no puedes llevarlos de tu mano hasta el centro de la diana.»

También cuentan que un día un discípulo le preguntó a su maestro: “Maestro... ¿cuánto tiempo





voy a tardar en alcanzar la iluminación?”

El maestro le respondió: No se puede saber.

“Pero —insistió el alumno— ¿cuánto calculas que puedo tardar?”

El maestro, ante la terquedad de su alumno le respondió que tardaría diez años.

Al alumno no le gustó la respuesta y añadió:

“¿Diez años? Eso es mucho tiempo. ¿Y si sólo me dedico a pensar en las cosas espirituales?”!

—Ah... —respondió el maestro—, entonces tardarás por lo menos veinte años.

El camino espiritual no tiene unos plazos fijos, tiene sus propios tiempos, y quien intenta apurar las etapas tomando atajos, termina dando un rodeo mayor que el que fue a su velocidad por el sendero recto. Los obstáculos son millones, muchas son las puertas falsas, infinitas las tentaciones, y muy alta la probabilidad de extraviarse Pase lo que pase, hay que ser pacientes, no persigas resultados y resiste la tentación de cambiar de rumbo a la primera dificultad.

Una persona educada en una profunda fe y observancia religiosa, sea de la religión que sea, verá que al crecer su espiritualidad accede a su mejor religiosidad.

En el plano de la espiritualidad, tu religión puede acompañarte y ayudar, pero se transformará en un lastre si solamente la vives en el campo de la mente, de las afirmaciones, de las creencias y del miedo, ya que religión y espiritualidades están vinculados, pero en ningún caso son interdependientes.

El ejemplo de la Madre Teresa es un icono de la religiosidad y a la vez un ejemplo de la conexión entre fe y espiritualidad.

Cuentan que una tarde una joven de la realeza europea presenció consternada cómo una monja de la orden de la Madre Teresa limpiaba con dedicación, arrodillada en plena calle, las pestilentes heridas de un leproso.

Cuando la asistencia del enfermo acabó, la joven le dijo a la religiosa: “Yo no podría hacer algo así ni por un millón de dólares”.

La monja le tomó las manos y bajando la voz, como si fuera un secreto, respondió: “Yo tampoco”.

Me gustaría finalizar recordando que todos, con excepción de algún despistado que ingresa en nuestra Orden buscando la influencia o el poder que no es capaz de alcanzar en su vida profana, venimos tratando de encontrar algo que falta en nuestra vida. Algo que trasciende a nuestro ser y que necesitamos para sentirnos plenamente realizados.

El masón recibe, desde el mismo momento de su ingreso en la Orden, una llamada hacia la Luz. Somos conscientes de todo lo que somos y de cuá-

les son nuestros conocimientos en las distintas áreas del saber, pero no es suficiente.

Muy pronto comprendes que debemos empezar a mirar en nuestro propio interior, en nuestro compromiso con todos los Hermanos, en la belleza que supone el hablar y comprender a otros que piensan de manera totalmente diferente, en ver y valorar todo lo que nos rodea de una manera diferente.

Resulta curioso cómo las enseñanzas que recibimos en los tres primeros grados estaban ya magníficamente expresadas en antiguas escrituras Hindúes cuando dicen: "Condúceme de la oscuridad a la luz": que es la enseñanza del Primer Grado. “Condúceme de lo irreal a lo Real": que es el significado del Segundo Grado. "Condúceme de la muerte a la inmortalidad”: que resume el hecho central del Tercer Grado.

Esto ha sido transmitido a través de los siglos pero no ha calado lo suficiente porque los hombres no han sido capaces de librarse de la tradición, de las enseñanzas impuestas y de la superstición.

Por desgracia, y de manera general, el Mason no acaba de entender el significado de lo que le rodea, y además está totalmente ciego ante la belleza de los rituales y a la importancia de los trabajos que debe realizar dentro de la Orden para poder decir que realmente trabaja en la construcción del Templo.

Cuando consigamos esto, descubriremos que pertenecemos a un Orden que está basada en verdaderos principios de fraternidad y tolerancia, que supondrán un futuro diferente y que pueda ser reconocido y servir de ejemplo a la sociedad, pero esto depende de la actitud de cada masón individualmente, pues ningún grupo de personas es mayor que las unidades que lo componen.

Cuando hayamos limpiado la casa y seamos conscientes de la gran importancia que supone el cumplimiento de nuestras obligaciones, cuando hayamos vivido de acuerdo con nuestras creencias, cuando seamos universales como estamos obligación a serlo, cuando logremos ser una orden inclusiva y no exclusiva, cuando todos seamos individuos “anti nada” y se nos pueda considerar como verdaderos ejemplos de fraternidad, estoy convencido de que el poder del G.·.A.·.D.·.U.·. descenderá, y su Luz producirá una gran cosecha de masones, con una espiritualidad perfectamente entendida y asumida.

Bibliografía

- La espiritualidad y el yo como bases de una militancia en la vida de Luis Weinstein.
- Ética, espiritualidad y valores, de Ovidio D'Angelo Hernández.
- Espiritualidad: un abordaje interdisciplinario, de Rosalía Lemos.
- Historia de la espiritualidad cristiana, de Julián de Cos.
- El Misticismo de la Masonería, de Reuben Swinburne.
- El Espíritu de la Masonería, de Bailey Foster.






ZENIT


ACADEMIA
DE ESTUDIOS
MASÓNICOS
SAPERE AUDE